

El sueño de los afrancesados produce monstruos. *Le flagellant de Séville* de Paul Morand

INMACULADA ILLANES ORTEGA
Universidad de Sevilla

Résumé

Paul Morand considère l'histoire comme un élément fondamental pour comprendre et expliquer une nation. Dans *Le flagellant de Séville*, il se sert des couleurs de Goya pour peindre l'âme espagnole, à travers le récit d'un drame personnel, inséré dans les tragiques événements vécus en Espagne entre 1808 et 1815, une période dans laquelle les destinées de l'Espagne et la France se croisent encore une fois.

Dans son roman, Morand offre une vision lucide des Espagnols et de leur histoire, qui invite aussi à la réflexion sur l'histoire récente de l'Europe.

Mots-clés

Espagne; Morand; Francisards; Guerre d'Indépendance; Histoire.

Abstract

Paul Morand considers history an important clue to understand a nation's character. In *Le flagellant de Séville*, he uses Goya's colours to paint Spanish soul by narrating an individual tragedy inscribed in the collective dramatic events of Spanish history between 1808 and 1815, when the destinies of Spain and France converged once again.

In his novel, Morand offers a lucid vision of Spanish people and history, which should lead to a more general thinking about recent European history.

Key-words

Spain; Morand; Francophiles; Independence War; History.

El particular cosmopolitismo literario de Paul Morand, que S. Sarkany define como un intento de "sociografía internacional"¹, implica un modo de observación y transmisión de

1 «Cela revient à dire que le côté artiste, coloré et exotique de Gobineau l'a séduit et l'a convaincu que l'écrivain devait être attentif aux différences entre les hommes de divers pays. Il devait adopter cette vue de «sociographie internationale». C'est ce terme compliqué que j'adopterai pour ma part, car «vision cosmopolite» impliquerait «absence de patrie», «vision raciste» suggérerait haine des «races inférieures», «vision ethnique» signifierait «intérêt scientifique porté aux peuples peu développés» et «vision supra-nationale» aurait un relent philosophique et théologique. Or Gobineau tendait à représenter les figures de divers pays dans leurs climats, avec leurs

la diversidad del mundo en el que los distintos aspectos no sólo son captados y plasmados, sino que exigen ser comprendidos a través de un proceso de reflexión, antes de poder ser transmitidos al lector. Y el elemento catalizador de este proceso no es otro que la historia, el conocimiento de las raíces originarias y la evolución que han dado lugar al estado actual de cada país². No sólo la imagen física (territorio, ciudades, monumentos...), sino también la realidad política, social y cultural de cada nación, así como el carácter y la concepción de la vida de sus habitantes, manifiestan la huella del pasado y sólo pueden ser plenamente comprendidos desde la perspectiva que ofrece el conocimiento del mismo.

El caso de España no es, por supuesto, una excepción. Su historia es rica, singular y compleja, y al mismo tiempo, cercana, ligada en muchas ocasiones, a lo largo de los siglos, al destino de la propia Francia. Por ello, Morand se interesará por conocer sus entresijos, convencido de que, en el caso español, la herencia del pasado es especialmente determinante para explicar la particular realidad del presente.

Así pues, la historia constituye uno de los aspectos fundamentales de la literatura morandiana sobre España. Multitud de referencias y comentarios alusivos al pasado español salpican textos de muy diversa índole (libros de viajes, relatos, ensayos...), incluso algunos que no versan específicamente sobre la realidad española. Pero la historia es, además, tema fundamental y eje vertebrador de determinadas obras, tanto de pensamiento como de ficción narrativa³, entre las que destaca de forma notable *Le flagellant de Séville* (1951), la primera gran novela histórica del autor, en la que el autor narra el drama de la España napoleónica.

El interés por una etapa histórica en la que confluyen de manera directa los destinos de Francia y España, y en la que ésta última parece reaccionar frente a su tradicional inmovilismo, se une a la experiencia personal, marcada por la madurez y el exilio, para hacerle mirar al pasado, como un modo de entender y explicar el presente. Así lo expone el propio autor en la carta a Julio Gómez de la Serna que éste incluye en la edición española del texto:

El flagelante de Sevilla es el drama europeo actual, así como fué uno de los numerosos episodios del diálogo centenario entre Francia y España. Visto desde este ángulo (hay otros, por lo demás), aporta mi contribución a un universo mejor con la explicación histórica de un infierno político que, quizá, nunca tendrá fin. (Morand, 1951:XXIV)

coutumes, mœurs et réactions propres, par conséquent vus de l'intérieur. Cette même conception sociographique se manifesterá de plus en plus dans l'œuvre de Paul Morand.» (Sarkany, 1968: 29-30)

- 2 El propio Morand explicaba así la función que la historia tiene en el proceso de recreación literaria de un espacio visitado: «Surtout les portraits des villes m'ont beaucoup intéressé et amusé à faire à cause de la substructure historique que je leur ai donnée; je n'ai jamais voulu écrire sur le moment, comme un article de journal, parce que je crois que le recul est absolument nécessaire: d'abord un arrière-fond historique et ensuite de la réflexion, avant de donner des instantanés! Il faut que ça ait l'air d'instantanés et que ça n'en soit pas!» (Boutang, 1990:75)
- 3 Además de la novela a la que se refiere este estudio, los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona son parte fundamental de "La nuit catalane" (*Ouvert la nuit*, 1921), "Le coucou et le roitelet" (1953) recupera un aspecto anecdótico de la España napoleónica, *La folle amoureuse* (1956) evoca la Guerra Civil de 1936-9, en tanto que "Une noire affaire" (1976) narra la muerte del emperador Carlos V en Yuste.

Reutilizando, según sus propias palabras, los colores de la paleta de Goya⁴, Morand construye un drama personal que, como el suyo propio, se integra en la historia nacional para convertirse finalmente en un drama de dimensiones universales:

Bajo el signo de Goya, cada capítulo de mis Goyescas da una nueva versión de los desastres de la guerra y de las desventuras personales de un hombre sensible y generoso que comete el error de vivir por encima de la opinión, a contrapelo de ella, y de confundir el presente con el porvenir. (Morand, 1951:XXIV)

La novela traza la historia, absolutamente ficticia, de un joven aristócrata sevillano, D. Luis Almodóvar y Sáiz⁵, quien, incomprendido por quienes se consideran patriotas, se une a los que apoyan al nuevo rey, José Bonaparte, con la esperanza de que Napoleón sea capaz de hacer realidad la España de sus deseos. El desengaño y el dolor por su drama personal, del que él mismo es el máximo responsable, le harán, finalmente, renunciar al futuro y al presente, dedicando su vida al autocastigo por sus errores.

Desde esta perspectiva, Morand puede, no sólo plasmar el curso de los acontecimientos que se desarrollan en la Península, con especial atención a la corte de José I, de la que D. Luis forma parte, sino también mostrar, desde dentro, el drama de una nación en lucha consigo misma, dividida entre quienes apoyan ciegamente la tradición y aquéllos que intentan, ilusionada pero torpemente, convertir a España en una nación moderna. Un combate infructuoso, condicionado desde el exterior, y finalmente vencido por la fuerza de los acontecimientos, que se librará, al mismo tiempo, en el interior del propio D. Luis. Sus ambiciones ilustradas y su amor por su país entrarán en conflicto permanente con la actitud brutal de cuantos le rodean, franceses y patriotas, colocándolo en una posición difícil e incomprendida, de la que sólo es posible salir mediante la acción, una acción a la que se resiste, abrumado por la inseguridad y las dudas, y que finalmente será la causa de su tragedia.

Este tratamiento de la historia, en el que la cuestión de la colaboración y la resistencia se sitúan en un primer plano, permite la lectura de la obra desde una segunda perspectiva, que pone en paralelo la situación de D. Luis y la Guerra de la Independencia con la del propio Morand y la Segunda Guerra Mundial. La crueldad de la guerra, que desborda a las ideologías y a los individuos, la incompreensión, el exilio... son temas comunes a ambas realidades, y la visión que ofrece el narrador pone de manifiesto su simpatía por el personaje, aunque sin justificar sus errores, nacidos precisamente de esa pasión de la que tanto abomina su espíritu racionalista. El propio Morand dejará además constancia de la estrecha relación que encuentra entre esta etapa de la historia de España, malentendida por los intereses nacionalistas de la versión francesa, y los recientes acontecimientos vividos en Europa:

4 Para un análisis de la presencia de la pintura de Goya en la obra morandiana, remitimos al lector a un trabajo anterior (Illanes, 1997 : 58-67)

5 El autor abandonó su proyecto inicial de dar al personaje el nombre, mucho más explícito, de don Justo. No obstante, para esconder su identidad como flagelante, elegirá llamarse don Pablo, nombre con el que se referían a Morand sus amigos españoles durante su estancia en Sevilla.

Mi novela, yo lo espero, hará comprender al lector que, a la luz de los éxitos presentes, la historia puede, y debe, ser escrita de nuevo. Los franceses han considerado que los guerrilleros eran salvajes fieros; ahora que han sido, ellos mismos, verdaderos partisanos y combatants sin uniformes, en la última guerra, verán la cuestión del otro lado. Y cuando dicen que un ejército regular (el alemán) no tenía derecho de fusilar a la población civil que tiraba sobre los soldados, de sus ventanas y bodegas, estarán obligados de admitir que Napoleón ha dado siempre órdenes contrarias, ejecutando a poblaciones enteras que no habían tomado ninguna parte activa en la lucha; en pocas palabras, que las represalias son tan antiguas como las guerras. Y eso no es más que un aspecto de la cuestión; hay muchos otros, el principal siendo, simbolizado por mi héroe, el calvario del colaboracionista, parado (?) entre dos paredes opuestas: la necesidad de hacer un continente nuevo y la imposibilidad de pertenecer, en su [palabra ilegible] a una minoría, durante una guerra sin remisión.⁶

En cualquier caso, dejando a un lado la lectura en clave personal de la novela, *Le flagellant de Séville* ofrece una completa e interesante visión de una breve pero importante etapa de la historia española, sobre la que el escritor demuestra, no sólo un vasto conocimiento⁷, sino también una extraordinaria lucidez en la comprensión su complejo entramado. Un mérito que le reconoce en su prólogo, con rendida admiración, el traductor español de su novela, Julio Gómez de la Serna:

En esta novela “grande”, Paul Morand trata y desenvuelve el problema tan difícil (y que podría ser escabroso, estar lleno de *pièges* en otro escritor) de los *afrancesados* del pasado siglo, en el momento de la guerra napoleónica. Él sabe describir con serena, pero dolida objetividad, aquel cuadro de una guerra que fue, en parte, civil, también por desgracia.[...] Pero en todo momento nuestra sensibilidad de españoles no se siente resentida, rozada en lo más mínimo, porque sabemos que la pluma que describe todas esas andanzas atroces – en que la realidad superó a la fantasía – es una pluma amiga, la pluma de un escritor que ama nuestro país, que ama la España de entonces y la de hoy, con un amor hecho de comprensión y de verdad. Novela ésta que debía conseguirle al gran Paul Morand una gran recompensa, no oficial, sino íntima, de los lectores españoles, que ya le conocen y le admiran; algo así como el título de doctor *honoris causa* de los verdaderos hispanistas contemporáneos. (Morand, 1951: XVI-XVII)

El relato de los acontecimientos se inicia (tras la prolepsis de los tres capítulos introductorios que recrean la Semana Santa sevillana) a finales del invierno de 1808, en los días previos al Motín de Aranjuez, con la presentación de los presupuestos ideológicos que guiarán la conducta de D. Luis. La incompreensión de la familia, religiosa y tradicional, ante este

6 Carta a Joaquín Romero Murube, remitida desde Vevey el 10 de junio de 1949, incluida (junto con otras nueve, donadas por la viuda del poeta sevillano) en la tesis doctoral inédita de Charlotte Boulay, *Paul Morand et l'Espagne* [Université de Toulouse-Le Mirail, 1992]. Transcribimos el manuscrito con los errores ortográficos y lingüísticos cometidos por el autor, que, según confiesa, aprovecha esta correspondencia para practicar su español.

7 Las fuentes documentales de la obra han sido analizadas por Boulay en un capítulo de la mencionada tesis.

librepensador ilustrado, formado en Francia, es ya evidente. La llegada de la *Enciclopedia* a la casa de la Marisma servirá como motivo para introducción de la primera muestra del debate ideológico planteado a lo largo de toda la novela. En él, la posición del protagonista corresponde, punto por punto, a la del llamado “afrancesamiento ideológico o liberalismo”⁸, al tiempo que recoge una visión de España en la que se percibe la mirada del propio Morand:

-Mon bon, ce n'est pas par hasard que notre héros national est un cerveau dérangé [don Quichotte]. Tous les Espagnols sont fous; s'ils ne l'étaient pas, ils seraient de simples latins, ce qui est fort vulgaire; les Italiens sont de faux fous; leurs extravagances démasquent toujours au dernier moment un robuste bon sens, fruit d'une expérience aussi vieille que leur péninsule bottée. Les Espagnols, au contraire, sont d'authentiques insensés, on ne s'en aperçoit pas à cause de leurs bonnes manières de même qu'on ne s'aperçoit pas du dérèglement de nos poètes à cause de leur forme exquisement châtiée. Toi-même, Blas, Diego, Esteban, je pourrais vous démontrer que vous êtes fous: déments de mélancolie, d'orgueil, de gloire, de haine, de taureaux ou d'armoiries. À la cour de Madrid, les fous du roi y ont encore titre d'officiels. Notre histoire ne ressemble à aucune autre: la conquête de l'Amérique est une invention d'aliénés; la découverte de l'or, qui se traduit immédiatement par l'appauvrissement et la ruine générale, est le meilleur exemple de notre déraison. L'Espagne n'a pu vivre que comme les fous: gardée, surveillée; son despotisme, ses monopoles coloniaux, son Inquisition, lui furent autant de camisoles de force, dont je comprends, tout en la réprouvant, l'utilité... (Morand, 1982: 34-35)

El bando como tal nacerá cuando se produzcan los primeros acontecimientos que determinarán el cambio político: el levantamiento popular del 17 de marzo de 1808, que expulsa a Godoy, proclamando rey al Príncipe de Asturias. Tras el motín, tendrá lugar la marcha de la familia real a Bayona, convocada por Napoleón (p. 50), el levantamiento popular del 2 de mayo (pp. 58-59), y la renuncia al trono de los Borbones españoles, el nombramiento de José I (p. 71) y la convocatoria de Cortes en Bayona (pp. 79, 116-7, 136).

Los “afrancesados” son, pues, aquellos españoles que juran fidelidad al nuevo rey y a la Constitución de Bayona, un grupo claramente delimitado, por cuanto pudo cuantificarse la cifra de “juramentados” y la de aquéllos que siguieron al monarca francés en su retirada (unos 15.000 exiliados). Entre ellos, sin embargo, existen importantes diferencias de matiz, motivadas por la diversidad de sus presupuestos ideológicos.

En primer lugar, el juramento de fidelidad al nuevo rey no implica siempre una toma

8 Miguel Artola utiliza esta denominación, frente a la de “afrancesamiento político o colaboracionismo”, para referirse a la posición de un grupo de intelectuales, formados en el extranjero, que, a pesar de las dificultades derivadas del fuerte arraigo de la religión católica en España, importaron hacia nuestro país, si no las raíces y fundamentos del nuevo pensamiento, sí al menos sus consecuencias y derivaciones políticas, económicas y científicas, desarrollando así, bajo el reinado de Carlos III, un cierto despotismo ilustrado que, sin embargo, careció de evolución interna y de un auténtico arraigo nacional. Por ello, la llegada de Carlos IV al trono y el fuerte impacto de la Revolución Francesa frenaron su continuidad. Años más tarde, la invasión napoleónica hará resurgir las doctrinas y posturas hasta entonces soterradas, alineando a los antiguos ilustrados con José I, en el llamado partido de los afrancesados. (Vid. Artola, 1953)

de partido real, por cuanto muchos se vieron obligados a acatarlo para defender su posición (especialmente los funcionarios y clérigos), siendo muchos los ejemplos de quienes eludieron el compromiso en cuanto tuvieron ocasión para ello⁹.

Entre aquéllos que mostraron una adhesión activa al nuevo rey, cabe distinguir, igualmente, dos formas de compromiso: la de aquéllos cuyas motivaciones no eran otras que el miedo a la represión y la necesidad de sobrevivir, y la de quienes optaron libremente por colaborar con el nuevo régimen, ya fuese por el interés personal¹⁰, por admiración hacia el genio militar de Napoleón¹¹, o por estar convencidos de que su postura resultaría mucho más fructífera para el país que la visceral oposición a lo extranjero.

Tres serán los principios ideológicos fundamentales de este último grupo, en el que, con toda claridad, se enmarca el personaje de D. Luis. En primer lugar, su fidelidad al Estado, que les hace rechazar las acusaciones de traición de que son objeto por parte de los patriotas. Los afrancesados son fieles a la monarquía, pero, a diferencia de sus oponentes, no a la dinastía reinante. El desacuerdo con la política de Carlos IV y la decepción ante la actitud de éste y de su hijo en los acontecimientos de Bayona les impiden apoyar a un rey, Fernando VII, que no se preocupa de serlo, abandonando a sus súbditos en los momentos de dificultad. El cambio dinástico, por lo tanto, aparece como una cuestión sin gravedad alguna, sobre todo teniendo en cuenta los precedentes históricos ya existentes, su carácter legal (aprobado por la propia familia real y sancionado por las Cortes de Bayona) y la buena opinión que les merece el nuevo rey:

Oui, un Français... Mai un Français considérable; le propre frère de Napoléon, son frère aîné, celui qui règne à Naples, un autre lui-même, le roi Joseph.
- À nous, Espagnols, un roi français. Est-ce un honte?
[...] Ce ne sera pas la première fois; rappelle-toi Philippe V; lui aussi était français... Il faut maintenant que tu saches que les députés aux Cortès vont tous partir pour Bayonne, invités par Napoléon; ils donneront leur accord... solennellement. (Morand, 1982:71)

9 En la crítica de Pouppard a quienes se apresuran a abandonar al rey tras la derrota de Bailén, se percibe, además, el lamento amargo del narrador sobre la manipulación política:

Tout ce qui ne brille pas par le courage a louché vers la sortie. Pincela, le ministre, s'est fait porter malade. Cevallos aurait pu l'imiter sur place; il a préféré rentrer chez lui pour nous envoyer à deux heures du matin une lettre insolente, document diplomatique destiné à flatter les nationaux qu'il va s'empresser de rallier pour se faire pardonner sa fugue à Bayonne. L'administration, c'est l'art d'introduire après coup dans les dossiers, ou bien d'en faire disparaître, des documents compromettants. (Morand, 1982:177-8)

10 Entre ellos podría contarse el Marqués de Montehermoso, protagonista del otro texto de Morand localizado en la España napoleónica, el relato "Le coucou et le roitelet" (*Le prisonnier de Cintra*, 1958), que cede su esposa como amante al nuevo rey.

11 En la novela, esta postura está representada por el joven Juan Bautista Alcaraz, un joven aristócrata idealista que luchará orgulloso en el nuevo ejército:

-Vous irez aux Pages?» demanda don Luis en souriant.
[...] Non, il est trop tard; je veux être soldat et me battre avec Napoléon.
-Vous admirez Napoléon?
-Je baise le sol qu'il foule. (Morand, 1982:164)

En este sentido, su postura será la más fiel a la legalidad, guiada por la segunda de sus bases ideológicas: el temor a la anarquía política y al desorden social. La plena convicción de la imbatibilidad de Napoleón les hace considerar como absolutamente irracional el levantamiento patriótico, sobre todo teniendo en cuenta que la exaltación de los rebeldes sólo puede conducir a la tragedia de la represión y la guerra, que no hará sino agravar irremediamente los males del país, cerrando la puerta a toda esperanza de regeneración:

La monarchie est un grand et noble édifice aux murs encore solides. Il nous faut – tu dis bien, Marisol – éviter ces guerres désastreuses qui sont le plus sûr chemin du despotisme. La paix! Quel plus beau don peu faire à une nation la Providence! Cette journée marque la fin de longs siècles de décadence. Notre patrie va retrouver un peu de ce bonheur simple, égoïste... tout pareil au nôtre, dont il m'arrive parfois d'avoir mauvaise conscience. Alors la philosophie répandra chez nous ses lumières, alors les Amériques sortiront du trouble où, depuis dix-huit ans, leur séparation forcée d'avec nous les a jetées. Alors l'Espagne deviendra la vigie de l'Europe... (Morand, 1982:45)

Y es que la paz y el orden social son requisitos indispensables para que pueda ser llevado a buen término el que es su principal fundamento ideológico y móvil de su conducta: el deseo de realizar una reforma en profundidad de las estructuras políticas, económicas y sociales españolas, de acuerdo con los principios del despotismo ilustrado. De ahí que, para llevar a cabo esta tarea, la tutela de Francia se presente como una oportunidad histórica única para vencer las atávicas fuerzas de la tradición española con la ayuda del poder napoleónico:

Mais ce que vous verrez se lever bientôt, c'est une classe d'hommes très différents qui donneront leur vie pour ce monde nouveau auquel ils croient fortement et dont les Français sont le véhicule; et ces hommes-là ne se laisseront pas massacrer, et tes sanguinaires braillards, Blas, n'empêcheront pas la page de l'histoire du monde de tourner. (Morand, 1982:96)

El ideal de estos españoles se estrellará violentamente, sin embargo, contra la realidad de la acción militar. La represión del alzamiento popular y el avance de las tropas napoleónicas mostrarán con claridad cuáles son los métodos y las intenciones del poderoso ejército francés. Acontecimientos como la toma y el saqueo de Córdoba (pp. 121-131) despertarán a los afrancesados de su excesivo idealismo, mostrándoles las dificultades que tendrá en el futuro el mantenimiento de su postura:

Le choc que lui aussi avait reçu en traversant Cordoue forcé l'avait changé. Que les triomphes du moderne Alexandre puissent aboutir à cette orgie immonde, que ce savant mécanisme de stratégie se détraque et devienne une ruée de Goths, cela lui perçait le cœur; il en souffrait dans sa foi profonde au bonheur et au progrès de l'homme, dans son admiration éperdue pour la France. (Morand, 1982:135)

La colaboración, pese a todo, les parece el único modo de garantizar que la administración del Estado quede siempre en manos de españoles, contrarrestando así el dominio francés en la administración militar. Estos presupuestos serán, por otra parte, plenamente aceptados por el nuevo rey, que, a su llegada a España, tiene la intención de repetir y superar los éxitos obtenidos en el gobierno de Nápoles y, sobre todo, la obsesión de ganarse el apoyo y el aprecio de un pueblo que sabe contra él¹².

Su reinado, sin embargo, estará marcado por dos aspectos fundamentales, que terminarán por determinar su fracaso: la guerra y la crisis financiera. La amplitud del movimiento de sublevación patriótica, basado en la resistencia popular y la acción guerrillera¹³, sustentado ideológicamente por la Iglesia católica¹⁴ y apoyado por el gobierno británico, no sólo impedirá la puesta en marcha de una política efectiva, sino que provocará la intervención militar directa de Napoleón al mando de su ejército (pp. 205-13). La devastación de la guerra se une así a los graves problemas económicos (pp.241-5), y la falta de mano de obra, unida a las tácticas militares de tierra quemada, añade el hambre a las dificultades del país. Un país que, por otra parte, sufre el expolio sistemático de sus bienes por parte de los oficiales y las autoridades francesas¹⁵.

Con todo, será la acción de las tropas imperiales la que provocará una mayor oposición al reinado de José Bonaparte, por la crueldad con que llevarán a cabo la represión de la insurrección popular. Una violencia que enardecerá al bando patriótico, pero que terminará también por destruir las ilusiones de quienes habían depositado su confianza y sus esperanzas en la nueva dinastía, y que comprenderán, finalmente, cuáles eran las verdaderas intenciones de Napoleón con respecto a España:

Voilà comme vous êtes, vous autres Français, en admiration devant vous-mêmes, incapables de rien comprendre aux autres nations, aveugles devant le sublime élan qui jette un peuple entier et toutes les classes de ce peuple contre la plus grande force qui soit au monde... Oui, toutes les classes; parce que des nobles, des évêques, de hauts fonctionnaires vous ont accueillis, puis quittés, vous avez cru que l'élite espagnole était un ramassis d'intrigants, de quémandeurs et de traîtres? mais combien d'entre eux étaient des égarés qui sont retournés à ce qu'ils

12 “Enrique IV tenía un partido; Felipe V sólo tenía un competidor a quien combatir; yo, en cambio, tengo por enemigos a una nación de doce millones de habitantes, valientes, exasperados hasta el extremo. Los hombres honrados no me son más adictos que los pícaros. No, Sire, estáis en un error: vuestra gloria se hundirá en España” [Fragmento de una carta de José I a su hermano Napoleón, citada en Manuel Espada Burgos: “La soledad de un buen rey”, *La España de José Bonaparte*, cuadernos Historia 16, 147, julio 1988, pp. 38-48]

13 Toute la campagne conspirait: les haies prenaient un aspect facétieux, les fossés cachaient des fusils anglais, les roues hydrauliques servaient de télégraphe optique, la cendre de la forge de Marcos couvrait des guinées. Les choses, comme les gens, comme les petites gens, n’avaient qu’une intention, la mort; qu’une cible: le coeur d’un Français, qu’un point d’arrivée: l’Espagne libre. (Morand, 1982:262)

14 La importante función de la Iglesia en el bando patriótico queda puesta de manifiesto a lo largo de toda la novela, si bien resulta especialmente significativa la referencia al catecismo patriótico del que se burla Pouppard (pp.304-5). El texto citado es una versión reducida del *Catecismo civil* de 1808, una nueva muestra de la sólida labor de documentación llevada a cabo por el autor.

15 «J’appartenais à la Commission de déportation artistique avec l’excellent Malles, l’illustre Napoli, et d’autres qui choisissaient dans les quatre dépôts de Madrid, à El Rosario, à San Francisco, tout ce que les Français jugeaient digne d’être emporté. Ah! j’en ai emballé des Murillos!» se lamenta Goya en Morand, 1982:408.

croient être la juste voie; et combien sont des sincères qui veulent l'Europe unie sous la protection de la France et recevant d'elle les bienfaits dont les peuples ont soif? De ceux-là, pourquoy en est-il resté si peu? Tu t'es demandé si vous ne les aviez pas déçus... terriblement déçus? Parce que vous les voyiez empressés auprès de vous, vous avez cru que c'étaient des fantoches ou bien des âmes vénales à qui l'on pouvait tout dire, tout faire, tout faire faire. Vous avez traité l'Espagne comme vous traitez la Hollande, l'Italie, l'Allemagne. Voilà pourquoi vous êtes toujours seuls en face des coalitions. (Morand, 1982:199)

La historia de los afrancesados será, pues, la de un cruel desengaño. La realidad terminará por destruir, con toda su violencia, las ilusiones y las esperanzas de quienes pretendían, aprovechando la fuerza del poderoso vecino del norte, transformar España en un país moderno. Sus sueños de progreso y desarrollo quedarán definitivamente truncados con la llegada al trono del «Deseado» Fernando VII, quien, confirmando los peores temores de quienes no quisieron apoyarlo, impondrá un rígido absolutismo, en el que incluso los líderes de la resistencia patriótica, que tanto lucharon por su regreso, serán perseguidos, acusados de liberalismo:

«Mais que sont devenues vos figures patriotiques tant glorifiées, vos héros de l'Indépendance? Où est le plus célèbre des guérilleros qui résistèrent aux Français, cet Espoz y Mina...»
Le corregidor frémit, coula un regard inquiet vers la porte:
«Chut, ne prononcez pas le nom de ce progressiste, dit-il en baissant la voix.
-Et le *Petit Marquis*?
-Chut! chut! Pendu par la justice de Madrid.
-Et le fameux *Empoissé*?
-Pendu par nous!
-*Ainsi finissent les hommes utiles*, murmura malgré lui don Luis.
(Morand, 1982: 427)

Porque, finalmente, los enemigos de Fernando VII no son tanto quienes apoyaron a Bonaparte –ya que, en definitiva, él mismo le había cedido su derecho al trono– como aquellos que le exigen renunciar al despotismo y adaptar la monarquía a los principios constitucionales y democráticos:

Apprenez que Ferdinand VII n'a pas accordé et n'accordera jamais à son peuple les garanties démocratiques tant souhaitées; il a cru suffisant de le laisser se payer sur nos personnes et sur nos biens; ainsi le taureau s'acharne sur la cape tombée par terre tandis que l'homme est déjà loin. Les vrais ennemis du roi n'étaient pas tant les Français ni les franciscans, que ces éternels adversaires de la monarchie: les Cortès, les constitutionnels et les franc-maçons, dont la graine, arrosée par l'or britannique, a poussé dur sur le sable de Cadix. (Morand, 1982: 401)

En el drama colectivo que supone esta guerra que, pese a nacer como una respuesta a la ocupación extranjera, no tarda en convertirse en una auténtica contienda civil¹⁶, con impor-

¹⁶ En el prólogo a su traducción, J. Gómez de la Serna, citando al propio Morand, subraya el dramatismo que añade a esta guerra su carácter de enfrentamiento civil:

tantes apoyos externos, Morand inserta, además, el drama personal de su protagonista, que le servirá, junto al propio relato de los acontecimientos históricos, para realizar un retrato de lo que constituye, en su opinión, el alma española.

Para él, ese carácter singular, que distingue al español de los habitantes del resto de naciones de Europa, viene determinado, como no podía ser de otro modo, por el propio pasado colectivo, por la huella de las distintas razas que han poblado la Península y por los avatares de una historia nacional marcada muy especialmente por el periodo imperial de los Austrias.

Uno de los rasgos fundamentales derivados de un pasado dudosamente glorioso (el poderío exterior no hacía sino encubrir el desastre interno) es, sin duda, el orgullo. El español defiende, ante todo, su dignidad, aspecto que, si bien puede entenderse como una cualidad (lucha contra la humillación), también puede traducirse en falta de humildad, convertida, en ocasiones, en absurda intolerancia. Ambas facetas se ponen de manifiesto, de forma evidente, en la sublevación contra los franceses: por una parte, los españoles se niegan a aceptar incondicionalmente lo que les viene impuesto por la fuerza de las armas, defendiendo su derecho a manejar su propio destino:

Allons, insistait-il, ne fais pas l'orgueilleux! C'est effrayant ce que vous êtes fiers, vous autres Espagnols. *Fieros*, hein?
-*Fiero*, ça ne veut pas dire fier, ça veut dire sauvage, corrigea don Luis avec hauteur. (Morand, 1982: 421)

Pero, por otra parte, el orgullo les impide, al mismo tiempo, ver con claridad determinadas cuestiones, haciéndoles aferrarse irracionalmente a la defensa de un rey que no la merece, una actitud que no deja de lamentar un también orgulloso Don Luis: «Orgueil insensé pour lequel notre langue a tant de mots qu'elle en remplit le dictionnaire!» (Morand, 1981:50)

Directamente ligado a este orgullo se encuentra el particular sentimiento del honor que, a lo largo de los siglos, ha sido el rasgo más característico del español, el más tradicional motivo de burla entre los extranjeros y uno de los más importantes temas de la literatura castellana. El honor es una conjunción de autoestima, orgullo e imagen pública, tan importante para el español como la propia vida, a la que suele equipararlo. Perder el honor significa “morir socialmente”, perder toda valía a los ojos del mundo, la propia dignidad, que es el mayor de los tesoros que posee el individuo. Los extremos a que conduce su defensa la convierten, sin embargo, en muchas ocasiones, en ridícula e injustificada o, cuando menos, en una cuestión difícil de comprender y, aún más, de explicar:

Qu'est-ce que l'honneur? C'est ce lieu de rupture où l'être collectif se sépare de l'être libre; c'est la limite où commence l'indignité sociale, pire que

Y Paul Morand ha escrito sobre esas contiendas de tipo fratricida: “Las guerras civiles son las más feroces, quizá porque las mujeres intervienen en ellas. Tomaron parte las mujeres en la Comuna, fusil en mano, en mucho mayor número que en la Revolución francesa.” Y cita luego la frase de Mairdon: “La única guerra verdadera es la guerra civil, porque conoce uno a los que mata.” (Morand, 1951:XVII)

la mort. Mais qui fixe ce point? Par quel incompréhensible revirement le roi Charles, ce pauvre homme parti dans l'indifférence générale, devenait tout à coup l'Honneur? Qu'était-ce aussi que cette toute-puissance de l'honneur? Venait-elle du consentement des consciences, de l'adhésion des intelligences, de l'élan des cœurs? Nullement. Elle était un ordre émané d'on ne sait où, impossible à définir, à justifier, une sorte de fashion morale renforcée par la renommée et les prix de vertu; de cet honneur-là aux honneurs il n'y a qu'un pas et la société a créé ce pluriel pour suppléer aux faiblesses du singulier. Ainsi elle peut désigner et récompenser les bons citoyens, ceux qui suivent ses consignes, ceux qui plébiscitent un roi méprisé la veille et passaient au cou de don Luis, coupable de n'avoir pas changé, le carcan ignominieux de mauvais patriote. (Morand, 1982:74-5)

Íntimamente ligados a la cuestión del honor aparecen otros dos rasgos característicos del carácter español, especialmente del masculino, a los que no escapa el protagonista de *Le flagellant de Séville*: el castigo y los celos.

«Un Espagnol n'oublie jamais» afirma D. Luis ante un Pouppard que, tras luchar por Napoleón, se convierte en defensor de Luis XVIII (p. 442). Las afrentas exigen ser pagadas y, cuando el castigo no viene de mano ajena, es el pecador quien se impone su propia penitencia. El autocastigo, al que Don Luis recurrirá para pagar sus errores, presenta, no obstante, un carácter mucho más profundo y personal que la venganza, relacionada más con asuntos de imagen pública.

Directamente ligada a ella, aunque perteneciente a una esfera más privada, se encuentra la cuestión de los celos, que, según Morand, caracteriza a los españoles en la relación amorosa, diferenciándolos de otros latinos¹⁷ y alejándolos de la modernidad europea:

Dès midi, elle a achevé sa toilette, ce qui surprend don Luis; cependant il ne pose pas de questions; la jalousie est gothique, un reste de l'âge des Maures, un sentiment rétrograde qu'il rougirait d'éprouver; montrer de la méfiance ne serait pas digne d'un mari moderne qui règle sa vie sur les principes du libéralisme. (Morand, 1982:99)

Sin embargo, a pesar de sus principios, D. Luis no será capaz de vencer al demonio de los celos, el único capaz de llevar a la acción a este hamletiano andaluz. Será la pasión de los sentimientos, y no la de las ideas, la que provocará finalmente, de modo irremediable, su desgracia personal.

Y es que el español parece actuar casi exclusivamente por impulsos. Su existencia es relajada, despreocupada en muchas ocasiones, casi perezosa¹⁸; pero esa calma se ve revolucionada, en determinados momentos, por un paso a la acción apasionado y comprometido,

17 En *Le voyageur et l'amour* (1929), Miss Squirrel prefiere, entre los latinos, a los franceses, porque, en su opinión, los italianos no tienen nada que decir y los españoles "vous font des scènes de jalousie".

18 D. Luis y María Soledad, a los que su posición económica permite una vida relajada, pasan la mayor parte del día durmiendo, para trasnochar en las veladas nocturnas:

Que fais-tu de si bon matin? murmure-t-il. Il est à peine onze heures; recouche-toi. (Morand, 1981:99)

casi visceral. Así, la indolente María Soledad se comprometerá activamente con la lucha patriótica, mientras su marido colaborará de manera casi febril con los franceses.

El compromiso y la acción no dejan de ser, sin embargo, aspectos puntuales y, quizá por ello, violentos y traumáticos, en el lento desarrollo de la vida española. El mal español – ya lo había señalado Larra¹⁹ – es el de retrasar indefinidamente el momento de actuar, de modificar lo que llega a parecer inamovible. De este modo, la falta de acción, unida al profundo respeto por la tradición, anquilosan a la sociedad española, impidiendo su modernización y su progreso:

Toute l'Espagne dort en ce moment, pensa-t-il, et son vrai roi est Morphée... Mais fait-elle jamais autre chose que de sommeiller dans les songes du passé? Moi, je suis l'homme aux yeux grands ouverts... comme Napoléon, ce sursaut de l'Europe en léthargie. L'Espagne cuve le vin héroïque de jadis; sortira-t-elle jamais de son coma? L'inertie en fait un organisme invertébré, sans autre qualité qu'une pesanteur élémentaire... (Morand, 1982:317)

En cualquier caso, la pasividad del español se revela, más bien, como un habitual desinterés por los intereses colectivos, en favor de una existencia basada en el propio placer y disfrute de la vida: un “vivir y dejar vivir” que, sin embargo, se transforma en hábil y astuta acción cuando se ven implicados de algún modo los intereses personales o los valores en los que se cree con firmeza: «Les guérilleros gâtent la guerre comme les contrebandiers gâchent le commerce. D'ailleurs, l'Espagnol est un contrebandier-né...» (Morand, 1982:302)

En aquellas ocasiones en que se enardece la pasión, de las convicciones o de los sentimientos, el español demuestra ser capaz de enfrentarse a todo, sin temer las consecuencias, desafiando altivamente incluso a la muerte: «Non, tu n'as pas peur de mourir; aucun Espagnol n'a jamais eu peur de la mort». (Morand, 1982:239)

El destino de España, por tanto, está condicionado por el carácter de sus gentes. Acostumbrado a sufrir y a superar todo tipo de miserias (el hambre agudizadora del ingenio), apasionado, cargado de un profundo sentimiento trágico de la vida y, al mismo tiempo, amante del placer y del buen vivir, el español se caracteriza por una falta de acción difícilmente superable. Por ello, Don Luis se debate, a lo largo de buena parte de la novela, entre la necesidad de actuar y su resistencia a acometer los actos necesarios: «Il ne le savait pas; mais il sentait que l'action l'attendait, l'action dont il avait si peu d'habitude». (Morand, 1982: 90)

El debate ideológico se prolonga así de forma casi ilimitada, postergando la toma de partido activo y propiciando que, cuando ésta se produzca, ya en situación límite, sea de forma absolutamente visceral. El caso personal de Don Luis no hace sino representar el destino histórico de toda una nación: ya se trate de la élite poderosa, de la intelectual o de la propia masa popular, los españoles se recrean hasta el infinito en la pasividad del deba-

19 *Mañana*. Depuis un mois, c'est tous les jours *mañana*. Le roi a attrapé le mal espagnol, ce *mañana* qui est notre nirvana. (Morand, 1982:323)

te²⁰ y actúan sólo cuando la situación se hace insostenible, impulsados más por la pasión que por el racionalismo, de ahí que su historia sea absolutamente singular, marcada por trágicas luchas y, en ocasiones, por el mayor de los absurdos. Así, por ejemplo, la Guerra Civil, sobre la que Morand escribirá en el prólogo al álbum fotográfico de Chas-Laborde *Visages de la Révolution espagnole*(1936):

L'Espagne sera toujours en lutte contre elle-même, elle est créée du croisement de deux races, les plus batailleuses et les plus terribles du monde: les Teutons et les Arabes [...] Nos mots de droite et de gauche n'ont aucun sens quand on parle d'Espagne: l'Espagne n'est en réalité ni royaliste, ni moscovite: elle est militaire et anarchiste à la fois. Comme ces deux tendances sœurs se groupent en ce moment sous des étendarts différents, on peut dire qu'en réalité, à chaque balle qu'il tire, l'Espagnol tourne son arme contre lui-même. La guerre actuelle est pour l'Espagne, plus que pour tout autre pays, un véritable suicide. Aussi atteint-elle aux plus hauts sommets de la tragédie humaine et politique.

La historia explica, pues, el carácter, como el carácter explica la historia. Pero es que, además, en el caso de España, los acontecimientos históricos, que a menudo la han mantenido al margen del destino común de la Europa occidental, han contribuido también a preservar la singularidad de un pueblo que, a los ojos de Morand, resulta tan complejo como fascinante. Pese a la fuerza de los aspectos más sombríos, que han hecho de España el país por excelencia del claroscuro, se muestra esperanzado en que el futuro del país presentará tonos más alegres, consciente de que la inevitable apertura hacia el exterior acabará también, lamentablemente, con la esencia más profunda del país.

Referencias bibliográficas

- ARTOLA, Miguel. 1953. *Los afrancesados*. Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones.
BOUTANG, Pierre André. 1990. *Entretiens avec Paul Morand*. Paris, La Table Ronde.
ILLANES ORTEGA, Inmaculada (1997). «Paul Morand y la pintura española» in Lola Bermúdez y Pilar Torres (eds.), *Literatura-Imagen 2*. Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 53-72.
MORAND, Paul. 1951. *El flagelante de Sevilla* (traducción y nota bibliográfica por Julio Gómez de la Serna). Madrid, Aguilar.
— 1982. *Le flagellant de Séville*. Paris, Gallimard. [Fayard, 1951]
SARKANY, Stéphane. 1968. *Paul Morand et le cosmopolitisme littéraire (suivi de trois entretiens avec l'auteur)*. Paris, Klincksieck.

20 La costumbre española de la tertulia seduce, no obstante, a Morand, que debió conocerla bien durante sus estancias en nuestro país:

[...] propos jetés pêle-mêle, à peine épluchés, sur la table verte, faisaient ce pot-pourri merveilleux qu'on appelle une *tertulia*. Les Espagnols ne peuvent pas se résoudre à sortir du lit parce qu'ils ne peuvent se décider à y entrer; et ils n'y entrent pas parce qu'ils n'ont jamais fini de discourir. (Morand, 1982: 38)